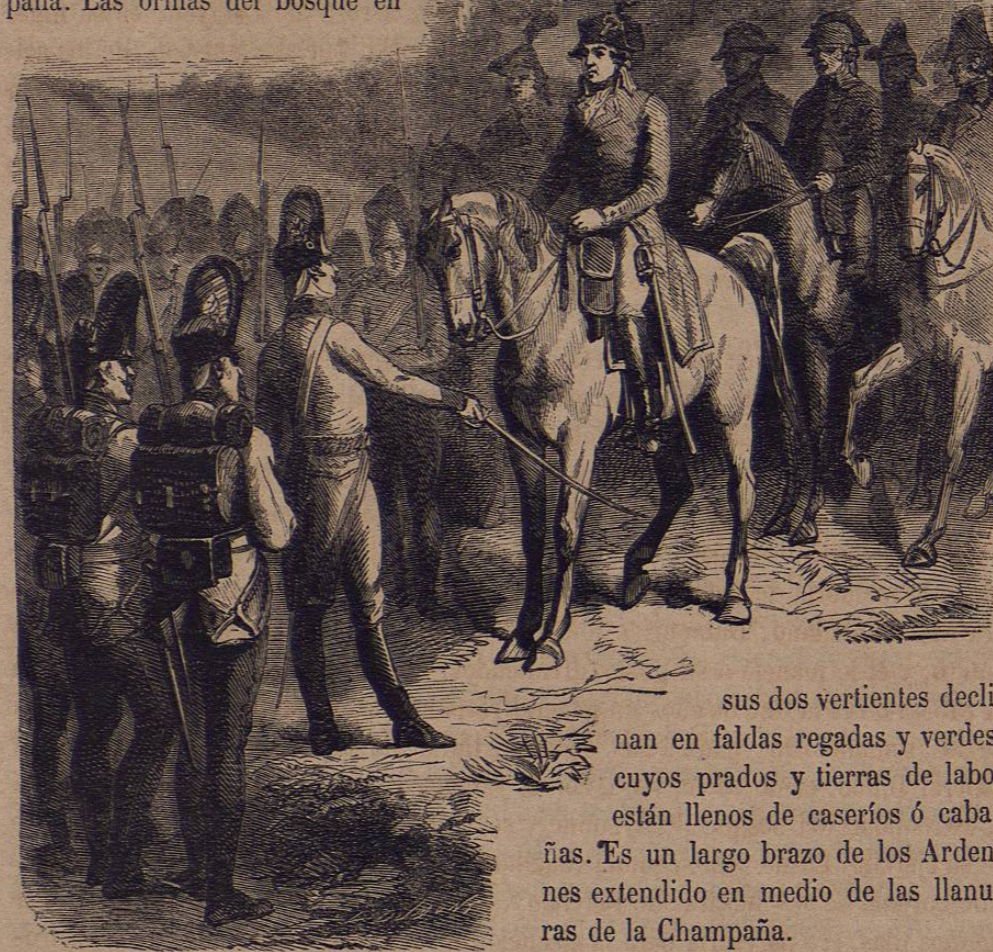


glase los detalles de aquel movimiento, y durmió algunas horas con esta idea. Las grandes resoluciones calman á los grandes corazones; Dumouriez estaba seguro con anticipacion del buen éxito del partido que habia tomado. Cuando se despertó envió orden á Beurnonville, á quien habia dejado en Valenciennes, para que le trajese nueve mil hombres de infantería y caballería, inútiles por el momento en el campo de Maulde, é hizo partir por todos los caminos correos y oficiales expertos para informar á Luckner de sus movimientos é informarse de los de aquel general. Preveníale que iba á llamar sobre el Argonne todo el peso de un ejército de ochenta mil prusianos, y le designaba el punto probable en que se verificaria la reunion del ejército de Metz y el de Sedan, reunion que si podia efectuarse, señalaría el sitio de la batalla y salvaría á la patria. Tomó de los arsenales de la Fere y de Douai las municiones de guerra de que carecia, y finalmente, nombró los generales que debian reemplazar á los que habia arrastrado Lafayette en su fuga. Dangest, Diettmann, Ligneville, Chazot y Miaczinski, oficiales queridos de los soldados, recibieron el grado de tenientes generales y mariscales de campo. Su estado mayor, incierto, descontento, lleno de dudas y murmuraciones, lo compuso de hombres que le debian su fortuna y á los que él encadenaba á la suya. El ejército tenia ya una cabeza; en veinticuatro horas esta cabeza tuvo brazos. Dumouriez comunicó al ministro de la Guerra Servan su plan de defensa, é instruyó confidencialmente á Danton, por medio de Westermann, de la resolucion temeraria que habia concebido.

Advertido tambien por Westermann de las convulsiones patrióticas con que Danton meditaba agitar á Francia para lanzar miles de defensores á las fronteras, Dumouriez indicó á Chalons y Sainte-Menehould para que acampasen los voluntarios que llegasen del interior. Proveyó estos dos campos de los víveres y forrajes necesarios para hombres y caballos. Siempre á caballo ó en el consejo, se multiplicaba personalmente para darse á conocer á todos los cuerpos, borrando de este modo la memoria de Lafayette para reemplazarlo en todos los corazones. Lafayette era más ciudadano; Dumouriez fué más soldado. El ejército se le entregó todo entero, y él lo manejó á su gusto, dividiéndolo en distintos cuerpos y poniendo á la cabeza de cada uno de ellos un general responsable con su gloria de la conducta de los soldados que tenia á sus órdenes. Habiendo destacado el dia anterior al general Dillon, como se ha visto, con la vanguardia, con el designio de llevarla á la extremidad del bosque de Argonne y separarse por muchos dias de esta parte de su ejército, formó otra segunda vanguardia al mando de Stengel, valiente y atrevido coronel de los húsares de Bercheny. La resistencia de Verdun, al ménos por algunos dias, era necesaria para la ejecucion de sus planes y despliegue de las tropas en las diferentes posiciones que queria ocupar en el Argonne; para esto, hizo marchar á aquella plaza al general Galbaud con un refuerzo de tres mil hombres, á fin de que se prolongase todo lo posible la defensa. Tomadas estas disposiciones, estudió más de cerca el terreno sobre que iba á establecer al ejército frances, la importancia de los diferentes puestos que tendria que cubrir, y los medios de hacerle llegar ántes que los coligados á los desfiladeros, de los cuales el enemigo, mayor en número, estaba más cerca que él. Era preciso el mayor secreto, pues si su idea se hubiera traslucido, hubiese abortado el plan; un mero indicio era suficiente para echarlo todo á perder.

V

El bosque de Argonne tiene quince leguas de largo desde Sedan á Sainte-Menehould; su ancho es desde dos hasta cuatro leguas en una proporcion muy desigual. Está situado sobre un terreno montuoso, y cortado por rios, estanques, arroyos, pantanos y barrancos, que uniendo nuevos obstáculos á los peculiares del bosque, hacen de él una barrera impenetrable á la marcha de un ejército. Este bosque separa las ricas provincias de los Tres Obispos de las llanuras estériles de la Champaña. Las orillas del bosque en



Prision de Lafayette.—Pág. 27.

sus dos vertientes declinan en faldas regadas y verdes, cuyos prados y tierras de labor están llenos de caseríos ó cabañas. Es un largo brazo de los Ardenes extendido en medio de las llanuras de la Champaña.

No se puede atravesar este bosque sino por cinco claros que la configuracion natural del terreno, el lecho de las aguas, los desmontes y la linea de los caminos han trazado y allanado en su espesor. Estos cinco pasos, ocupados, fortificados y defendidos, cubren á la Francia central. El primero de ellos y el más inmediato á Sedan es el de *Chene-le-Populeux*, que es ancho y sin obstáculos naturales y da paso al camino de Rethel á Sedan. El segundo se llama la *Croix-au-Bois*, y no es más que un camino hondo para los leñadores. El tercero es el desfiladero de *Grandpré*, situado en el centro del bosque. La naturaleza ha dispuesto esta ave-

nida para campamento de un ejército defensivo: un anfiteatro situado entre dos rios que le cubren, limitado por el bosque que protege sus costados, desciende rápidamente por el lado enemigo, dando á las tropas establecidas en esta posición la superioridad del nivel, la seguridad de sus alas y un glácis natural á la muralla que coronen con sus fuegos; el camino de Stenay á Reims lo atraviesa. El cuarto es el desfiladero de la *Chalade*, que pone en comunicacion las ciudades de Varennes y Sainte-Menehould. En fin, el quinto es el desfiladero de las *Isletas*, que sale al camino real de Verdun á Paris. Al otro lado de las *Isletas*, el bosque se allana y ya á concluir en la aldea de Passavant y en las llanuras que se extienden sin ondulaciones hasta Bar.

Tal era la barrera en que Dumouriez, con un ejército de veintisiete mil combatientes, quería oponerse á noventa mil hombres entusiasmados por sus primeras ventajas é impacientes por esparcirse en la Champaña y correr á Paris. Lo más difícil era llegar á tiempo. Dos partidos se ofrecían para esto: el primero y más seguro era hacer desfilarse al ejército desde Sedan á Vouziers y Sainte-Menehould, cubriendo su marcha con el mismo bosque, dejando el llano de Argonne entre el enemigo y su ejército, y el segundo, marchar á los desfiladeros de Argonne al descubierto por la falda exterior del bosque, y no hacer caso del general Clairfayt, que estaba ya en Stenay con veinte mil hombres. El primero de estos dos caminos era la mitad más largo, hacía perder tiempo y tenía el doble inconveniente de poner de manifiesto la intencion del general y provocar á Clairfayt y al duque de Brunswick á ocupar los primeros, uno el desfiladero de Grandpré, y otro el de las *Isletas*. Tomados estos puestos por los prusianos, rechazaban al ejército frances sobre Chalons y bien pronto sobre Paris. El segundo conducía en tres jornadas la vanguardia de Dillon á las *Isletas*, y á Dumouriez en dos á Grandpré; pero para ejecutarlo era necesario ponerse delante de Clairfayt, que distaba sólo seis horas de Grandpré, mientras que Dumouriez estaba aún á diez, ó engañar é intimidar á Clairfayt lanzándose directamente sobre él en Stenay y rechazándolo detras del Meuse.

En el momento en que Dumouriez se determinó por este golpe de audacia, recibió del general Galbaud un correo que le anunciaba el sitio de Verdun por el ejército prusiano, y la imposibilidad de llevar socorros á esta plaza, sitiada por cincuenta mil hombres. Dumouriez respondió á Galbaud que se replegase sobre el desfiladero de las *Isletas* y esperase allí á Dillon. Escribió también al general Duval, á quien había dejado en el campo de Maulde, en su antiguo ejército, cuando salió de Valenciennes, para que levantase su campo, se reuniese al de Maubeuge, recogiese todos los batallones que estaban sobre su derecha y se uniese á él á marchas forzadas, indicándole que debía ocupar el desfiladero de Chene-le-Populeux, cerca de Sedan.

Sin inquietud respecto á este paso, cubierto por algunos días por la duracion probable del sitio de Stenay, Dumouriez no dudaba que Duval llegase á tiempo para cerrarlo; pero aquél se descuidó. El 31 de Agosto se principió el movimiento. El general Miaczinski tuvo orden de dar un ataque falso sobre Stenay, Dillon de sostenerle y situarse frente de esta ciudad. Miaczinski, á la cabeza de mil quinientos hombres, atacó heroicamente á la vanguardia de Clairfayt, la rechazó hasta detras del Meuse, y libró por un momento á Stenay. Dillon, en lugar de sostener á

Miaczinski, permaneció inmóvil con el resto de su vanguardia en Mouzon, á la orilla del bosque, y ordenó también á Miaczinski, que había vencido, que se retirase. Esta falta de Dillon podía comprometer todo el plan del general en jefe.

Fiándose en las órdenes que había dado y creyendo á Dillon en Stenay, Dumouriez movió la masa de su ejército el 1.º de Setiembre y se trasladó á Mouzon. Admirado de encontrar allí á Dillon, continuó la marcha y se trasladó al frente de Stenay para renovar por sí mismo la demostracion de un ataque contra Clairfayt. Dumouriez estuvo acampado dos días frente á este general como para ofrecerle la batalla, mientras que Dillon ganaba el desfiladero de las *Isletas*, adonde llegó la vanguardia, en fin, el 3 de Setiembre. Clairfayt permaneció inmóvil. Los diferentes cuerpos de Dumouriez tomaron posición en los desfiladeros que se les había señalado. Volviendo él mismo á toda prisa sobre su derecha, entró con los quince mil hombres que formaban su centro en el desfiladero de Grandpré, y sentó su campo entre el Aire y el Aisne, que son dos rios que lo circuyen por vanguardia y retaguardia; la artillería la colocó á su espalda por cima del campo en la aldea de Senue; su vanguardia, á las órdenes del valiente coronel Stengel, delante del Aire, teniendo la retirada segura por dos puentes que la unian al campo. La disposición del campamento de Grandpré era tal, que para forzarlo el enemigo tenía precision de atacar todos los puestos, que estaban defendidos por una formidable vanguardia, pasar el rio Aire sin puentes, y desembocar, en fin, en una cuenca descubierta y reducida, bajo el triple fuego del castillo de Grandpré, de la artillería de posición de la aldea de Senue, y en fin, de los cañones que cubrían el frente del campo. Centinela de este camino de fuego, que era indispensable franquear para penetrar en el corazón de Francia, Dumouriez esperaba allí que se levantase detras de él.

VI

Ya era tiempo. Longwy acababa de ser tomado en dos días. Verdun estaba comprometido. Los ejércitos del rey de Prusia y los del emperador, largo tiempo hacía que, contenidos en la inacción por lo indeciso de su generalísimo, iban á recibir de su impaciencia y del 10 de Agosto un impulso que sus jefes aún rehusaban darles.

El duque de Brunswick, despues de la apertura de esta campaña, tenía por sistema la contemporización; pero retardando el ataque, daba á la defensa lugar para prevenirse. La guerra ofensiva no debe dar tiempo, así como la defensiva debe disputarlo por instantes; porque el tiempo, que gasta las fuerzas de los ejércitos de invasión, es el primer auxiliar de las guerras nacionales. El duque de Brunswick, acostumbrado á las maniobras sábias y estudiadas de la estrategia alemana, procedía con la circunspección y la lentitud de un jugador de ajedrez. La lucha iba á entablarse entre la habilidad de la profesion y el entusiasmo: el hábil estratégico debía ser vencido por éste.

Estas dilaciones eran por otra parte favorables á las negociaciones que se cruzaban en el cuartel general de los coligados. Se ha visto ya que en la conferencia de Coblenza se había convenido entre el emperador y el rey de Prusia que los emigrados franceses no se reuniesen á los ejércitos de operaciones, por temor de irritar á Francia contra el yugo que una nobleza impopular quería imponerle con

las armas en la mano. El marqués de Bouillé, consejero militar del rey de Prusia, propuso que se dulcificase esta medida, que hería á los emigrados. En consecuencia, se convino en que se les dividiera en tres cuerpos: uno de diez mil nobles, que se uniría al grande ejército del duque de Brunswick, y los otros dos, de cinco mil nobles cada uno, serían empleados, uno bajo las órdenes del príncipe de Condé en Flandes, y el otro á las del duque de Borboñ en el Rin. Estos tres cuerpos de emigrados, distribuidos de esta suerte, no debían, sin embargo, marchar sino en segunda línea, tanto para evitar que manchasen sus armas en la sangre francesa, como para que se les reuniesen á retaguardia del ejército de operaciones los desertores y los regimientos enteros que la defección de los cuerpos franceses les prometía.

Las negociaciones contradictorias del baron de Breteuil, de Mr. de Calonne y de Mr. de Moustier complicaban también la marcha de los negocios y suspendían la acción de las potencias. El baron de Breteuil, representante de Luis XVI, se oponía en su nombre á que los gabinetes extranjeros reconociesen en Francia otra autoridad legítima que la del rey. Mr. de Calonne, agente de los príncipes y su plenipotenciario en Coblenza, reivindicaba la regencia para el conde de Provenza durante la imposibilidad conocida ó la cautividad disfrazada de Luis XVI. Mr. de Moustier, enviado por el conde de Provenza para reemplazar á Mr. de Calonne, que se había hecho odioso á los emigrados, insistía enérgicamente por obtener el reconocimiento de los derechos del conde de Provenza á la administración del reino reconquistado. Rusia favorecía esta ambición del príncipe por explotar un reinado ideal. El emperador, por insinuación secreta de su hermana María Antonieta, que temía la dominación de sus cuñados, se resistía á declarar de hecho la suspensión del rey, cuya autoridad desconocida por sus vasallos iba á restaurar. En las conferencias, á que asistieron el rey de Prusia, el duque de Brunswick, el príncipe de Hohenlohe y el príncipe de Nassau, no resolvieron nada.

La noticia del 10 de Agosto llegó en fin al cuartel general de los coligados. En vano el duque de Brunswick quiso contemporizar todavía; el ascendiente del rey de Prusia violentó su indecisión. «Si no podemos llegar á tiempo para salvar al rey,—exclamó en el consejo de guerra,—marchemos á lo ménos para salvar el trono.» Al otro día, el ejército se puso en marcha. El 19 de Agosto, después de haber andado cuarenta leguas en cinco días, atravesó la frontera y se acampó en Tiercelet, en donde se operó su reunión con el cuerpo austriaco del general Clairfayt.

A este paso decisivo, el duque de Brunswick dudó de nuevo, y habiendo pedido la celebración de otro consejo general, representó al rey que auguraba mal de una guerra de invasión emprendida en el corazón de un país cuya energía insurreccional llegaba hasta aprisionar al rey y asesinar á sus guardias. «¿Quién sabe—añadió—si nuestra primera victoria será la señal para la muerte del rey?» Federico Guillermo, afirmado en su resolución por los consejos del conde de Schulenburg, su ministro, y por los jefes emigrados, deseosos de volver á su patria, acogió con un disgusto visible la eterna circunspección de su general. «Por cruel que sea la situación de la familia real,—dijo,—los ejércitos no deben retrogradar. Deseo con toda mi alma llegar á tiempo para libertar al rey de Francia; pero ante todo, mi deber es salvar á Europa.»

El 20, el ejército atacó la fortaleza de Longwy. El bombardeo, principiado en la noche del 21 é interrumpido por una tempestad en que el fuego y los torrentes de agua que caían del cielo apagaron el de los sitiadores, empezó de nuevo á la mañana siguiente. Trescientas bombas que cayeron en la plaza y algunas casas que se incendiaron, determinaron al gobernador Lavergne á una capitulación que comenzaba la campaña por una deshonra. La deserción de Lafayette, anunciada al mismo tiempo á los coligados, llenó sus corazones de doble alegría. Si el duque de Brunswick se hubiese aprovechado de este fervor del ejército y de esta muestra de la fortuna para operar con prontitud en la frontera central, nada podía detenerle hasta los muros de Paris. Dejando algunos miles de hombres al frente de Thionville, podía arrojarle con una masa imponente sobre el ejército de Lafayette, privado de su general y no regido aún por la mano de Dumouriez. Este ejército, desorganizado y sofocado por el número, tenía que sucumbir infaliblemente. Podía también apoderarse ántes que Dumouriez de los desfiladeros del Argonne, única barrera natural entre el Marne y Paris, y caer sobre la capital ántes que el patriotismo de los departamentos la hubiese cubierto con un muro de voluntarios. El duque de Brunswick no tomó ni el uno ni el otro de estos dos partidos, no hablando sino de prudencia y de probaturas en el momento en que la única prudencia era ser temerario. O el duque de Brunswick fué engañado por su talento, ó engañó á la causa que los reyes de Europa le habían encomendado. El mitigó el ardor de Federico Guillermo á fuerza de oponerle obstáculos, perdiendo diez días en esperar refuerzos, como si no tuviese bastante con setenta y dos mil hombres para atacar á diez y siete mil esparcidos en débiles destacamentos sobre una línea de quince leguas que hay desde Sedan á Sainte-Menehould. Todo fué pretextar motivos para amortiguar su propio ejército. El rey de Prusia, vacilante entre su respeto por la antigua gloria militar de su generalísimo y la evidencia de sus faltas, rehusó por mucho tiempo reconocer que el corazón del duque de Brunswick detenía su brazo, y que atacaba con disgusto una causa que le había ofrecido y aún le ofrecía una corona. ¿Veía acaso el duque la eventualidad de esta corona como premio de sus miramientos con la Francia revolucionaria? Su actitud dió margen á tal sospecha, y su retirada la confirmó. Las causas naturales son insuficientes para explicar tanta debilidad ó tanta complicidad.

Durante estos diez días, Verdun sucumbió; pero Dumouriez había creado en los desfiladeros del Argonne unas trincheras y un ejército más inexpugnable que las guarniciones y las murallas de que el enemigo se apoderaba á fuerza de tiempo. El ejército coligado no compareció hasta el 30 de Agosto sobre las alturas del monte de San Miguel, que domina á Verdun. El rey de Prusia y el duque de Brunswick ocuparon á Grand-Bras, sobre la orilla derecha del Meuse por bajo de la ciudad. Verdun estaba débilmente fortificado, pero era capaz de resistir cierto tiempo un sitio. Tenía una guarnición de tres mil quinientos hombres mandados por el coronel Beaurepaire, oficial valiente y patriota, digno de los tiempos antiguos. El bombardeo principió el 31 é incendió muchos edificios; la plaza contestaba mal al enemigo; las piezas no tenían suficiente dotación de artilleros, ni cureñas de reemplazo; la población era realista y temía el asalto. El rey de Prusia ofreció una suspensión de armas de algunas horas, y la plaza la aceptó.

Un consejo de defensa, compuesto de habitantes y magistrados civiles á los que

la Asamblea legislativa habia confiado la autoridad suprema en las poblaciones declaradas en estado de sitio, se reunió. Este consejo de guerra decidió que la ciudad no estaba en estado de resistir. Beaurepaire y sus principales oficiales, en cuyo número se contaban los jóvenes tenientes que despues fueron los generales Lemoine, Dufour y Marceau, nombres famosos en nuestras guerras futuras, se opusieron en vano á una capitulacion prematura. Convenian en que la plaza no podia sufrir un largo sitio, pero al ménos querian que cayese con honra. El consejo se precipitó en el oprobio, y la capitulacion quedó decidida.

Beaurepaire, rechazando la pluma que le presentaban para firmar, dijo: «Señores, he jurado no entregar más que mi cadáver á los enemigos de mi patria. Sobrevivid á vuestra vergüenza si podeis. En cuanto á mí, fiel á mis juramentos, ved aquí mi última determinacion. Yo muero libre. Legó mi sangre en oprobio á los cobardes, y en ejemplo á los valientes». Al concluir estas palabras, se tiró un pistoletazo en el pecho. Este acto de heroísmo ni aún avergonzó á los miembros del consejo. Hicieron quitar de allí el cadáver, y firmaron la rendicion de Verdun.

Las jóvenes de las principales familias de la ciudad, ataviadas con sus mejores trajes, fueron procesionalmente á arrojar flores al rey de Prusia á su entrada en la ciudad. Este crimen, disculpable por la edad, el sexo y la inocencia, las condujo despues al cadalso. La guarnicion salió con los honores de guerra. Un furgon, tirado por caballos negros y cubierto con una bandera tricolor en vez de paño mortuario, condujo el cuerpo de Beaurepaire, que los soldados no quisieron dejar en poder de sus enemigos. La Asamblea legislativa concedió honores fúnebres á Beaurepaire, y su corazon se depositó en el Panteon. El joven Marceau, cuyo elocuente enojo habia protestado contra la capitulacion, se hizo acreedor á la admiracion pública. Habia perdido éste al salir de Verdun sus armas, sus caballos y su equipaje. «¿Qué quereis que la nacion os dé?»—le preguntó un representante del pueblo comisionado en el ejército de Dumouriez. «Mi sable»,—respondió lacónicamente Marceau.

VII

La noticia de la fuga de Lafayette, de la entrada del ejército coligado en el territorio, la toma de Longwy y la capitulacion de Verdun, resonaron en Paris como un trueno, y la consternacion se veia pintada en todos los semblantes. Teniendo á los extranjeros á seis jornadas de la capital, la traicion en el ejército, la cobardía en las ciudades, el espanto en las campiñas, la alegría secreta en el corazon de los cómplices de los conjurados; con un gobierno trastornado, una Asamblea disuelta, una catástrofe en un interregno, y una guerra extranjera en una guerra civil, nunca Francia habia estado más próxima á los dias siniestros que presagian la disolucion de las naciones. Todo estaba muerto para ella ménos la voluntad de vivir. Sólo el entusiasmo por la patria y por la libertad la sostenia. Abandonada por todos, ella no se abandonó á sí misma; no le faltaban más que dos cosas para salvarse, que eran el tiempo y la dictadura. ¿El tiempo? El heroísmo de Dumouriez se le dió. ¿La dictadura? Danton la tomó bajo el nombre del ayuntamiento de Paris. Todo el intervalo que medió desde el 10 de Agosto al 20 de Setiembre, Danton fué el único gobierno. Dominando al ayuntamiento, sujeto servilmente á él, fomentaba y dirigia las voluntades y llevaba al Consejo de minis-

tros la omnipotencia que tomaba en la casa de la ciudad. Hablaba como otro Mario, que no queria ver en sus colegas más que instrumentos de su voluntad. El filósofo Roland, el hacendista Claviere, el geómetra Monge, el diplomático Lebrun y el militar Servan carecian del talento, de la accion y de la perversidad de las crisis en que su ambicion los habia arrojado. Danton era el único hombre de Estado del poder ejecutivo; tambien era su única voz. Ninguno de estos hombres de pluma, envejecidos en las cancellerías ó en las secretarías, sabía el idioma acen- tuado de las pasiones. Danton lo habia aprendido en su larga práctica de sedicio- nes y motines: el pueblo conocia su voz, y alborotaba ó calmaba al populacho con un gesto. Aterraba á la Asamblea, y hablaba ménos como ministro que como mediador que protege y reprende. Sus consejos eran órdenes. Apoyándose en su popularidad, proponia en términos fulminantes, oscuros y breves sus plebiscitos en la barra, y se apresuraba á volver al misterio de sus conciliábulos, á las intri- gas de sus agentes ó á las juntas secretas de la municipalidad. El aturdimiento que impuso por su superioridad se revelaba en todo; la precision de su talento, la energía de su patriotismo, el vigor de sus consejos y el volcan de su alma ponian á los partidos bajo su dependencia. Poseyendo los hilos de todas las tramas, las hacia obrar, tan pronto mostrando como tan pronto ocultando su mano. No se dignaba tampoco disfrazar su desprecio por Roland. El ponía la vista y la mano en la administracion de todos sus colegas: dirigia la guerra, la hacienda, el inte- rior y las negociaciones sordas con el extranjero. Roland murmuraba en secreto y se quejaba con su mujer de la insolencia y de la universalidad de atribuciones que afectaba Danton: humillado por la supremacia de su colega y espantado de sus instintos, conocia que el 10 de Agosto huía de las manos de su partido, y que en vez de darse un auxiliar en la persona de Danton, los girondinos se habian dado un dueño. Roland cedió por lo tanto, esperando levantarse en la próxima Asam- blea, y se ciñó sólo á los pormenores puramente administrativos del ministerio del Interior, consolándose de este papel desairado en sus confidencias con Brissot, Guadet y Vergniaud.

Danton, sin embargo, no descuidaba nada para unir el poder de la seduccion al de la intimidacion sobre Roland, tratando de complacer á su mujer, conociendo el ascendiente que tenia con su marido. Madama Roland veia con la repugnancia delicada é instintiva de su sexo la presencia de Danton en el poder ejecutivo. Este tribuno sin gracia, sin moralidad y sin principios era, segun ella, una concesion humillante de los girondinos al miedo. «Es una vergüenza—les decia á sus confi- dentes—que el Consejo se manche con Danton, cuya fama es tan mala.» «¿Qué que- reis!»—le respondia Brissot.—«Es necesario tomar la fuerza en donde se encuentre.» «Mas hubiera valido—replicaba ella—no investir del poder á semejantes hombres, ya que no es fácil impedirles que abusen de él.»

Ella soñaba en un Consejo de ministros compuesto de republicanos firmes, moderados é incorruptibles, tales como los habia leído en Plutarco. Veia, en lugar del talento y la virtud antigua, la complacencia de Monge, que temia á cada mi- rada de Danton ser denunciado por él á la sospecha de la municipalidad; la indi- ferencia de Servan por todo lo que no era de la competencia del ministerio de la Guerra, la medianía de Lebrun y la turbulencia é inmoralidad de Danton. Recibia, sin embargo, en su casa las visitas del joven ministro al principio de su ministerio,